

Cómo citar en APA: Villa-Betancourt, A. C. (2024). Un doctor de la unidad y de la paz para tiempos tumultuosos: Ireneo de Lyon, doctor unitatis. *Revista Seminario Mayor de Medellín*, 3(39), 133-147.

Fecha de recepción: 25.06.2024 / **Fecha de aceptación:** 22.09.2024

UN DOCTOR DE LA UNIDAD Y DE LA PAZ PARA TIEMPOS TUMULTUOSOS: IRENEO DE LYON, DOCTOR UNITATIS⁵¹

A doctor of unity and peace for tumultuous times: Irenaeus of Lyon, doctor unitatis

ANA CRISTINA VILLA-BETANCOURT⁵² 

Resumen

El presente artículo quiere presentar a Ireneo de Lyon intentando profundizar especialmente en las razones por las que el papa Francisco pudo haberle dado en enero del 2022 el título de *doctor unitatis* haciendo de él el único doctor de la Iglesia de tiempos pre-nicenos. Se intentará profundizar sobre lo que puede enseñarnos un Doctor de la unidad a quienes vivimos en tiempos de polarizaciones y conflictos ideológicos, tanto social como eclesialmente. El artículo se desarrolla en tres momentos, primero una rápida caracterización de nuestros tiempos tumultuosos; en segundo lugar, se presenta brevemente a Ireneo resaltando los acontecimientos en los que sirvió a la Iglesia como pacificador (haciendo honor a su nombre) y por último, en una tercera parte, se sintetizan algunos elementos de su pensamiento mostrándolo como un pensamiento de unidad. Se cierra con una breve conclusión.

Palabras clave

Ireneo de Lyon, doctor de la Iglesia, Iglesia católica, actualidad eclesial

Abstract

The present article wants to present Irenaeus of Lyon trying to deepen especially on the reasons why Pope Francis could have given him in January 2022 the title of *doctor unitatis*, making him the only doctor of the Church of pre-Nicene times. An attempt will be made to delve deeper into what a Doctor of Unity can teach us who live in times of polarization and

51 El presente texto se preparó para una *Lectio inauguralis* ofrecida en la Facultad de Sagrada Teología de la Unicervantes de Bogotá el 14 de febrero de 2022.

52 Doctora en Teología Patristica por la Pontificia Universidad Gregoriana. Docente de la Universidad Pontificia Bolivariana. Correo electrónico: ana.villab@upb.edu.co

ideological conflicts, both social and ecclesially. The article is developed in three moments, first a quick characterization of our tumultuous times; secondly, Irenaeus is briefly presented highlighting the events in which he served the Church as a peacemaker (honoring his name) and finally, in a third part, some elements of his thought are synthesized showing it as a thought of unity. It closes with a brief conclusion.

Keywords

Irenaeus of Lyon, doctor of the Church, Catholic Church, current Church events

Introducción

El 21 de enero de 2022, el Santo Padre Francisco otorgó a Ireneo de Lyon el título de doctor unitatis. Es un título que refleja muy bien la vida y acción de este gran santo Padre de la Iglesia, quien hasta ahora es el único doctor de la Iglesia de tiempos pre-nicenos. Ireneo es un autor que fascina a quien toma contacto con sus obras y que parece ser de especial relevancia para nuestros tiempos, que podríamos caracterizar como tumultuosos.

Tiempos tumultuosos

Vivimos en tiempos tumultuosos. Más que analizarlos desde un punto de vista académico, los ilustraremos con dos ejemplos, que ayudan a centrar el tema con el objetivo de, posteriormente, mirar a Ireneo para buscar en su figura, en su pensamiento, signos de unidad que puedan iluminar el momento en que vivimos. Este planteamiento parte de la convicción de que el título que el Papa le otorgó a Ireneo está directamente relacionado con esta era compleja que estamos atravesando. Y es esto lo que pretendo evidenciar en mi argumentación.

Pienso que el cine tiene un lenguaje para decir cosas de un modo que para los académicos requeriría muchas páginas, muchos estudios. Y encontré extremadamente interesante el retrato mitad satírico, mitad trágico que hace de nuestros tiempos la película “Don’t look up” – No miren arriba, del director Adam McKay⁵³.

Es imposible no ver esa película y sentirse identificados – trágicamente identificados; se trata de un retrato tragicómico del tiempo en que vivimos, el tiempo en que a nosotros nos toca hacer teología. Se nos narra la historia de un grupo marginal de astrónomos que descubre por accidente que un cometa grande como el monte Everest se dirige hacia la tierra y en pocos meses colisionará con nuestro planeta ocasionando una destrucción de toda civilización. En su intento por hacer reaccionar a los políticos, por hacer pasar su mensaje a través de los medios, estos científicos se encuentran inmersos en luchas de poder, de grandes confusiones y frustración por la imposibilidad de ser escuchados. Como resultado, la humanidad se divide entre quienes creen en el cometa (y miran arriba viéndolo venir) y quienes no creen en él o minimizan sus consecuencias (y proclaman su lema: no mires arriba).

53 *Don't look up* es una película estadounidense dirigida, producida y escrita por Adam McKay; su género es comedia, sátira, ficción. Se estrenó en cines en diciembre del 2021 y fue distribuida por Netflix. Su reparto incluye nombres como Leonardo di Caprio, Jennyfer Lawrence, Meryl Streep, Jonah Hill, Cate Blanchett. Fue nominada a cuatro premios Oscar y cuatro premios Globo.

Permítanme solamente ilustrar el contraste entre tres escenas citando las palabras que usan los personajes:

«sabemos que hay un cometa porque lo vimos con nuestros ojos con un telescopio, por amor de Dios, ¡le tomamos una foto! ¿Qué otra prueba necesitamos? Y si no nos ponemos de acuerdo, como mínimo, en el hecho de que un cometa gigante del tamaño del monte Everest que caerá en el planeta tierra es algo malo, entonces, ¿qué diablos nos pasó? Dios mío ¿cómo podemos siquiera hablar entre nosotros? ¿Qué nos hicimos a nosotros mismos?, ¿cómo arreglamos esto?»

«¿Sabes por qué quieren que mires arriba? ¿Sabes por qué? Porque quieren que tengas miedo. Quieren que mires arriba porque ellos los miran a ustedes por encima del hombro, porque se creen mejores que ustedes. Quieren robarles la libertad, ¡es así! No mires arriba. No mires arriba. ... Mantengan la vista adelante, en el camino que tienen al frente, bajen la cabeza, pongan un pie delante del otro, paso a paso, día a día.»

Y entre estos dos polos, surgen también los «conciliadores»:

«Sé que una parte de Hollywood apoya al movimiento de no mirar arriba. Pero no había visto ese prendedor. (El otro responde:) Si este pin, apunta a la vez arriba y abajo. Porque como país tenemos que dejar de discutir y de alardear y simplemente llevarnos bien. (Ella:) Eso es tan alentador, creo que estamos todos cansados de política...»

Miren arriba. No miren arriba. Miren arriba y abajo. Así vivimos; en Colombia, en el mundo entero.

El segundo ejemplo está tomado de nuestra realidad eclesial actual. Hace unos años fue publicado en Italia un ensayo titulado “El cisma emergido”⁵⁴. Se trata de un título que quiere vincularse a otro ensayo de 1999 que tenía el título “El cisma sumergido”⁵⁵. Los autores quieren seguir la línea de los autores del ensayo de hace más de veinte años y argumentan que las divisiones – conflictos, faltas de unidad en lo doctrinal, en lo moral, en la celebración de la fe, etc. – que hace veinte años podían decirse sumergidas, hoy han emergido a la superficie, están ante la vista de todos. La tesis que proponen es que hablar abiertamente de ello puede ayudarnos a reconocer el camino para seguir siendo una comunidad de discípulos tras las huellas de Jesucristo.

La argumentación principal del ensayo es que la razón principal de ese cisma, que estaba sumergido y ahora ha emergido, es la cuestión sobre la posición que debe tomar la Iglesia ante la modernidad: ¿cómo afrontar el mundo moderno? Hay respuestas contrastantes: defenderse de la modernidad refugiándose en la tradición o abrazar la modernidad fusionándose con ella.

54 F. Antonioli – L. Verrani. *Lo scisma emerso: conflitti, lacerazioni e silenzi nella Chiesa del Terzo millennio*. Milán, TS Editore 2022.

55 P Prini – G. Vattimo. *Lo scisma somerso: il messaggio cristiano, la società moderna e la chiesa cattolica*. Milán, Garzanti 1999.

Son dos caminos extremos, con incontables matices intermedios; a veces los contrastes y las diversidades son tantas y las exclusiones que hacen los integrantes de uno de los lados con los del otro son de tal magnitud, que podrían llevar a divisiones ulteriores en una Iglesia ya dividida. ¿Cómo volver a encontrar el camino del Evangelio?

Y en medio de este panorama de un mundo polarizado, una Iglesia herida en su unidad, encontramos que el Santo Padre proclama a san Ireneo de Lyon, doctor de la unidad. El papa hizo el anuncio ante un grupo de trabajo conjunto entre católicos y ortodoxos sobre Ireneo de Lyon, a los que recibió en audiencia en octubre de 2021. En enero de 2022 se publicó el decreto de proclamación con el cual san Ireneo ha llegado a ser el más antiguo doctor de la Iglesia.

¿Quién fue Ireneo de Lyon?

Conocemos pocos datos, dispersos, de la biografía de Ireneo. Se desconoce la fecha exacta de su nacimiento, que se calcula en torno al año 140. Se cree que provenía de Esmirna; uno de los escasos datos que tenemos de sus primeros años es que él mismo habla de haber conocido personalmente, de niño, a Policarpo obispo de Esmirna; el cual a su vez había pertenecido a la escuela del apóstol Juan. Esto hace de Ireneo un niño, un joven, que creció en estrecho contacto con la era apostólica, probablemente cristiano desde niño por familia, estrechamente vinculado a la escuela joánica.

El modo como Ireneo habla de sus recuerdos de infancia con Policarpo expresa una tradición que en su vida será constitutiva, uno de esos recuerdos que marcan la propia identidad y las propias opciones. El siguiente es un fragmento de una carta suya que conocemos citada por Eusebio de Cesarea (ed. 2005):

Porque, siendo yo niño todavía, te vi en casa de Policarpo en el Asia inferior, ... Y es que yo me acuerdo más de los hechos de entonces que de los recientes (lo que se aprende de niños va creciendo con el alma y se va haciendo uno con ella), tanto que puedo incluso decir el sitio en que el bienaventurado Policarpo dialogaba sentado, así como sus salidas y sus entradas, la índole de su vida y el aspecto de su cuerpo, los discursos que hacía al pueblo, cómo describía sus relaciones con Juan y con los demás que habían visto al Señor y cómo recordaba las palabras de unos y otros; y qué era lo que había escuchado de ellos acerca del Señor, de sus milagros y su enseñanza; y cómo Policarpo, después de haberlo recibido de estos testigos oculares de la vida del Verbo, todo lo relataba en consonancia con las Escrituras.

Y estas cosas, por la misericordia que Dios tuvo para conmigo, también yo las escuchaba entonces diligentemente y las anotaba, pero no en el papel, sino en mi corazón, y, por la gracia de Dios, siempre las estoy rumiando fielmente... (Historia eclesiástica V, 20, 5-8).

Por razones que desconocemos, Ireneo emigró a occidente y se estableció en la Galia. Sabemos que una parte importante de los cristianos en las Galias en esta fecha temprana era de origen asiático. ¿Qué razones movían a los cristianos a emigrar a occidente? ¿De qué modo se vinculan estas razones con las propias y personales de Ireneo?

Es muy probable que en el año 177 Ireneo esté en Lyon entre los testigos del martirio de 50 cristianos, provenientes de las ciudades de Viena y Lyon; las iglesias galas lo envían a Roma en varias ocasiones, para interceder y abogar ante el papa Víctor (189-199) acerca de varias cuestiones eclesiológicas: quizá fue el portador del relato del martirio de los 50 cristianos.

Al regresar de Roma a Lyon el obispo Fotino había muerto mártir, Ireneo fue nombrado sucesor suyo.

Encuentro interesante anotar que un originario de Asia fue elevado obispo en una ciudad de Galia. El Imperio unificado y la lengua común, hacía posible este puente entre oriente y occidente. Ireneo hablaba el celta que usaba para dirigirse a una parte de sus fieles que tenían ese origen (Campenhausen, 1974, p. 29). Fue un obispo de corazón verdaderamente universal y su influjo se hizo sentir más allá de las Galias. Como vimos, primero como embajador de los obispos galos y luego a nombre propio ya siendo obispo seguirá intercediendo por otras causas.

1. Ireneo y la cuestión de la fecha de la Pascua

Detengámonos un momento en una de ellas, que es narrada con bastante detalle por el historiador Eusebio; se trata de la cuestión, candente en el momento, de la definición de la fecha para celebrar la Pascua.

Los cristianos de Asia menor – según nos narra Eusebio y podemos confirmar por otras fuentes – seguían una tradición muy antigua de celebrar anualmente la fiesta de la Pascua del Señor en el día 14 del mes judío de Nisán y terminar el ayuno cuaresmal en ese día, sin importar qué día de la semana cayera⁵⁶. En cambio, en las iglesias de occidente y en otras iglesias prevalecía la costumbre de celebrar la resurrección del Señor en domingo y en consecuencia terminar el ayuno únicamente ese día. El problema se creaba sobre todo cuando cristianos provenientes de Asia llegaban a occidente y diferían de las comunidades occidentales en la fecha de celebración de la Pascua. Esta diferencia creaba la necesidad de unificar la praxis para celebrar la fiesta central de la fe cristiana; pero para los cristianos de Asia no era fácil renunciar a una práctica pascual que consideraban un rasgo propio y distintivo (Behr, 2019, p. 6) y a la que atribuían un origen apostólico.

Los estudiosos argumentan que la celebración pascual en el 14 de Nisán provenía de la escuela de Juan, a la que Ireneo pertenecía, y que esta práctica era más antigua que la observancia pascual del domingo e incluso más antigua que la conmemoración de la resurrección semanalmente en domingo (Behr, 2019, p. 16).

Además, este conflicto ya venía arrastrándose varios años. Policarpo de Esmirna había viajado a Roma años antes para hablar con Aniceto obispo de Roma e intentar llegar a un acuerdo. Tenemos testimonio de este encuentro entre ambos obispos en la carta que Ireneo le dirigirá más tarde al papa Víctor y que es citada ampliamente por Eusebio (ed. 2005):

56 A quienes mantenían esta tradición se les llama “cuatordecimanos”.

Y hallándose en Roma el bienaventurado Policarpo en tiempos de Aniceto, surgieron entre los dos pequeñas divergencias, pero en seguida estuvieron en paz, sin que acerca de este capítulo se querellaran mutuamente, porque ni Aniceto podía convencer a Policarpo de no observar el día—como que siempre lo había observado, con Juan, discípulo de nuestro Señor, y con los demás apóstoles con quienes convivía —, ni tampoco Policarpo convencía Aniceto de observarlo, pues éste decía que debía mantener la costumbre de los presbíteros antecesores suyos.

Y a pesar de estar así las cosas, mutuamente comunicaban entre sí, y en la iglesia Aniceto cedió a Policarpo la celebración de la eucaristía, evidentemente por deferencia, y en paz se separaron el uno del otro; y paz tenía la Iglesia toda, así los que observaban el día como los que no observaban (Historia eclesiástica V,24,16-17).

Años después de este suceso, el papa Víctor, queriendo resolver la cuestión, tomó una acción drástica y amenazó con excluir de la común unidad eclesial a las comunidades que siguieran la práctica cuatordecimana⁵⁷. Varios obispos se dirigieron a Víctor, urgiéndolo a buscar la paz, la unidad y el amor del prójimo; entre ellos, Ireneo⁵⁸ que citando – como vimos antes – el encuentro entre Aniceto y Policarpo, exhorta a Víctor a evitar acciones drásticas y a emprender un camino de oración en común, invitándolo a ser capaz de reconocer el valor del amor por Cristo presente en el otro, en el diferente, en el que honra una tradición distinta de la propia pero noble también en su origen. Esos son los criterios que parecen estar a la base de su intercesión.

Al parecer, Víctor desistió de las excomuniones, pero la práctica cuatordecimana decaerá dos siglos más tarde y la controversia se resolverá finalmente cuando el concilio de Nicea apoye la práctica de celebrar la resurrección del Señor separadamente del calendario judío, optando por el domingo siguiente a la luna llena después del equinoccio de primavera. Sin embargo, la influencia de la escuela joánica en la celebración de la Pascua permanecerá pues influirá en el desarrollo del triduo pascual que nos hace celebrar los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor como una sola y única Fiesta, y en el del ciclo completo de Semana Santa y Pascua que, no por casualidad, se apoya fuertemente en textos tomados del Evangelio de Juan (Behr, 2019, p. 19).

Ireneo, pues, en tiempos del papa Víctor reaccionó contra la postura demasiado autoritaria del obispo de Roma, invitándolo a ser abierto y tolerante en cuestiones de diferencias de culto.

Eusebio de Cesarea (ed. 2005), que dedica a Ireneo una parte importante del libro V de su Historia eclesiástica, termina con estas palabras describiendo la acción de Ireneo en este caso:

E Ireneo, haciendo honor a su nombre, pacificador (εἰρενοποιός) por el nombre y por su mismo carácter, hacía estas y parecidas exhortaciones y servía de embajador en favor de la paz (εἰρήνης) de las iglesias, pues trataba por correspondencia epistolar al mismo tiempo, no solamente con Víctor, sino también con muchos otros jefes de diferentes iglesias, acerca del problema debatido (V,24,18).

57 Behr (2019) por esto dice que es una crisis intra-romana porque no cree que Víctor pretendiera que en Asia siguieran la costumbre occidental, sino que los que vinieran a occidente se acomodaran. p.6.

58 Eusebio de Cesarea, 2005, *Historia eclesiástica* V,24,11.

Ireneo – Pacificador – embajador de la paz entre las iglesias

2. Muerte

Desconocemos la fecha y las causas de su muerte. Existe una tradición tardía (que se remonta a Gregorio de Tours – en el siglo VI) que lo hace morir mártir; pero es históricamente poco confiable pues nadie lo había mencionado antes, ni Eusebio, ni existen actas ni recuerdos de tal martirio que habría sido un martirio importante cuya memoria muy probablemente se habría conservado.

3. Obras

De Ireneo han llegado hasta nosotros dos obras:

- *Desenmascaramiento y refutación de la falsa gnosis (Adversus Haereses)*: la conocemos por entero solamente en traducción latina antigua (aunque nos han llegado 2 libros en armenio, fragmentos griegos). Estos fragmentos permiten afirmar que la latina es una traducción bastante fiel. Fecha de traducción dividida entre estudiosos; algunos dicen antes de 250 porque Cipriano la usó; otros entre el 370 y el 420 en África del norte. Es una obra larga, que aparece dividida en cinco libros.

En el primer libro, describe ampliamente las distintas corrientes gnósticas; en los siguientes, va confutando sistemáticamente sus doctrinas, sus prácticas mágicas, basándose en la Escritura, en la Tradición recibida por la Iglesia, en la fe que ella ha recibido y transmite entera y públicamente.

La obra adolece de defectos de redacción: es prolija y repetitiva. Con toda probabilidad fue escrita de manera intermitente. Las fuentes de Ireneo son sus extensas lecturas. Nombra explícitamente obras como las Sentencias de Papías de Hierápolis, el Tratado contra Marción de Justino, ambas perdidas. Algunos expertos opinan que se basó también en Teófilo de Antioquía.

- *Demostración de la predicación apostólica (Epidexis)*: conservada en armenio, se trata de un breve catecismo, o un tratado apologético según algunos. Fue descubierto por entero en 1904 en una traducción armenia, publicado en 1907.

De las demás obras de Ireneo se conservan solamente fragmentos o el título. Eusebio conservó fragmentos de algunas de sus cartas y nos cita algunos sermones que no han llegado hasta nosotros.

Ireneo – un pensamiento de unidad y de paz

Una característica común de las obras de Ireneo es que escribe para los cristianos, para las comunidades, y lo hace como pastor, no como filósofo. Él mismo dice:

No estoy acostumbrado a escribir ni domino el arte de hablar; pero, impulsado por la caridad, exponemos a ti y a los tuyos las doctrinas que hasta ahora se mantenían ocultas y que por la gracia de Dios salen ahora a la luz del día (Adversus Haereses, Prol., 2).

Como puede deducirse de lo que vimos en su biografía, la Tradición eclesiástica era para él una cuestión de familia, suponía una conexión con los orígenes de su vida, con sus primeras y más sagradas memorias. En realidad, esta es la base desde la que refuta los gnosticismos. Nos dice Campenhausen (1974):

Había crecido en el seno de la antigua Iglesia, conocía sus tradiciones y vivía para servirla. No pretendía ser «filósofo», sino un discípulo de los antiguos Padres, un depositario fiel de la auténtica tradición de los Apóstoles (p. 28).

A partir de una suerte de connaturalidad con la fe, descubría y refutaba los elementos extraños que los gnósticos intentaban insertar en la fe cristiana.

¿Es un gran teólogo o un compilador de doctrinas y enseñanzas anteriores a él? Quasten (1968) dice que es:

El primero en formular en términos dogmáticos toda la doctrina cristiana (p. 176).

Actualmente se tiende a admitir la presencia en Ireneo de fuentes de las que tomó abundantemente, pero valorando, a la vez, su esfuerzo por escribir en el *Adversus Haereses* una obra unitaria y con una teología original y consciente (Moreschini y Norelli, 1995, p. 331) sistematizada en respuesta a los desafíos de los herejes. Así dice John Behr (2019):

Ireneo no debe considerarse un rayo que surgió de la nada al final del siglo II sino un testigo fiel de una tradición teológica que es destacadamente consistente, profunda y dinámica y que se remite a la escuela del apóstol Juan (p. 2).

Ireneo se expresa en un lenguaje extraordinariamente profundo, moderno, alentador, optimista, fundado en la Escritura y la tradición apostólica. No cita dogmas, no hay todavía concilios. Solo lo que los apóstoles y testigos de la fe habían dejado como herencia para todos (cf. Tenace, 2005, p. 114).

Él mismo es consciente de ser más un pastor que un retórico:

*Te suplico que no me pidas que te escriba con un arte que no he aprendido, porque vivo entre los Celtas y de ordinario tengo que expresarme en una lengua bárbara; ni tengo la facilidad de un escritor, pues no me he ejercitado; ni sé hablar con discursos elegantes o persuasivos; sino que te suplico recibas con amor lo que he escrito con amor, de manera sencilla, sin más adornos que la verdad y la sinceridad (*Adversus Haereses I, Praef, 3*).*

Pasemos a continuación a enumerar con cierta rapidez algunos aportes de su pensamiento que nos llevan a conocer más su carácter de doctor unitatis.

4. El rol de Ireneo en la formulación del canon de la Escritura

Ireneo tiene un rol de primerísima importancia en la formulación de la Escritura cristiana bipartita: Antiguo y Nuevo Testamento. Escribiendo antes de finalizar el siglo II, Ireneo cita como Escritura tanto la Ley y los Profetas como los escritos de origen apostólico que ya se leían y se veneraban en las comunidades – Evangelios y otros escritos (cf. Campenhausen, 1974, p. 35).

El proceso de delimitación del corpus de las Escrituras cristianas y en particular de los Evangelios inicia antes de Ireneo y puede constatarse su camino en escritos anteriores a él como los fragmentos de Papías de Hierápolis; el fragmento muratoriano, testimonio antiguo del canon de las Escrituras, es contemporáneo a Ireneo.

El problema de definir cuáles eran los escritos que transmitían las enseñanzas auténticas de Jesús había cobrado urgencia en tiempos de Ireneo; Marción proponía el criterio doctrinal: son auténticos los escritos que se ajustan a nuestras doctrinas (Moreschini y Norelli, 1995, p. 334).

Los gnósticos (aunque no los marcionitas) fundaban su doctrina y su exégesis de las Sagradas Escrituras en revelaciones del Salvador a discípulos privilegiados que habrían sido transmitidas por tradición secreta, oralmente o en escritos que definían apócrifos, no en sentido despectivo de falsedad, sino en sentido de escritos secretos, reservados a un círculo de iniciados.

Ireneo responde a estas dificultades conectando de manera estrechísima la tradición recibida por una cadena de transmisión representada por el episcopado: la sucesión episcopal. Los presbíteros y *epískopos* son sucesores de los apóstoles, han recibido el carisma cierto de la verdad según el beneplácito del Padre (*Adversus Haereses* IV,26,2).

Dentro de la confusión generada por las múltiples ideas de los gnósticos sobre varias líneas de tradición (unas para los sencillos, otras para los iniciados) y los múltiples escritos, a menudo contradictorios entre ellos, era establecer un criterio, un modo, un lugar, para discernir la verdad. La solución de Ireneo es el recurso a la sucesión apostólica en el episcopado de las iglesias, entre las cuales evoca especialmente la de Roma y la regla de la fe recibida por los apóstoles y públicamente transmitida por esta vía (Moreschini y Norelli, 1995, p. 334). Sin ignorar la cuestión del contenido, el criterio primario para Ireneo es la garantía atribuida a los escritos por la tradición eclesial: a la Iglesia compete la última palabra en la interpretación de la Escritura (cf. *Adversus Haereses* V,20,2).

Presentemos brevemente el pasaje fundamental de *Adversus Haereses* III,1,1 en el que Ireneo enseña sobre la canonicidad de los cuatro evangelios:

Entre los hebreos y en su misma lengua, Mateo publicó una especie de evangelio escrito, mientras Pedro y Pablo predicaban en Roma y fundaban la Iglesia.

Después de su muerte, Marcos, el discípulo e intérprete de Pedro, nos transmitió también por escrito lo que Pedro había predicado.

Así mismo Lucas, el compañero de Pablo, consignó en un libro el evangelio predicado por éste.

Más tarde, Juan, el discípulo del Señor, el mismo que se había recostado sobre su pecho, también él publicó el evangelio durante su residencia en Éfeso.

El estudioso Denis Farkasfalvy argumenta que en este pasaje Ireneo reproduce una fórmula del canon más antigua, y postula que se trataría de una fórmula establecida en aquella histórica reunión entre Aniceto y Policarpo alrededor del año 153 a la que ya hicimos referencia. En esa reunión, los dos obispos no lograron resolver la controversia cuatordecimana pero sí lograron establecer una visión común de los cuatro evangelios apostólicos en términos de esas cuatro frases cortas que Ireneo reporta y Eusebio cita (Farkasfalvy, 2016, p. 415).

Ireneo, pues, retomó esa fórmula y constituyó un paso más para que en la Iglesia se estableciera un canon evangélico tan inclusivo y tan exclusivo como fuera posible, con no más que cuatro Evangelios (e Ireneo citará en otro pasaje de su obra razones para explicar por qué son cuatro) pero incluyendo los cuatro Evangelios que conforman un único Evangelio. Y este único Evangelio según sus cuatro versiones ha permanecido como institución de la universal, católica Iglesia, desde el siglo II como garantía de la verdad y de la unidad y piedra fundacional común para la comunidad cristiana alrededor del mundo (Farkasfalvy, 2016, p. 427).

5. La obra de la recapitulación obrada por Cristo al hacerse hombre

Se trata de otro aspecto central en la teología ireneana. Recapitulación, en griego: *ανακεφαλαίωση*; recapitular es resumir todas las cosas en Cristo desde un inicio, rehacer el primitivo plan de Dios de salvar a la humanidad tras haberlo desbaratado Adán por la caída; volver a tomar la obra desde el principio para renovarla, restaurarla, reorganizarla en el Hijo.

Con la caída de Adán toda la raza humana quedó perdida, el hijo de Dios fue enviado para recapitularlo todo, para obrar una nueva creación de la humanidad (Quasten, 1968, p. 177).

Pero cuando se hizo hombre recapituló en sí mismo toda la historia de los seres humanos y asumiéndonos en sí nos concede la salvación; de manera que, cuanto habíamos perdido en Adán (es decir, el haber sido hechos a imagen y semejanza de Dios) lo volviésemos a recibir en Jesucristo (Adversus Haereses III,18,1).

Además, así como Eva tuvo un rol en la perdición de la humanidad, también María tiene su rol en la recapitulación. La Virgen María obediente se convirtió en causa de salvación para sí y para todo el género humano.

El nudo de la desobediencia de Eva se desató por la obediencia de María, pues lo que la virgen Eva ató por su incredulidad, la Virgen María lo desató por su fe (Adversus Haereses III,22,4).

Para Ireneo existe una situación universal de pecado de la cual nadie está libre. Ésta no pertenece a la constitución del hombre en cuanto tal, sino que proviene del hecho histórico del pecado de Adán. Nosotros somos del mismo “plasma” de Adán y por eso existe una solidaridad de todos en él, que está a la base de la solidaridad del pecado. Pero al mismo tiempo esa solidaridad es la condición que hace posible que Cristo – asumiendo la totalidad de nuestra humanidad – nos salve, porque en él obedece a Dios el mismo “plasma” que pecó. Por eso, aunque insista en el pecado, hay en Ireneo un optimismo salvífico (Ladaria, 1995, pp. 253-254. Textos: Adv. Haer. III,21,10, V,16,3; III,19,3; 23,2; III,18,7 y 22,4)

Aunque desde siempre el Logos divino es la fuente de la vida para los hombres, con la venida de Jesús en la carne llegó la mayor abundancia de la gracia paterna. La finalidad de la encarnación es que los hombres puedan volverse hijos de Dios (Ladaria, 1995, pp. 324-325):

Para eso se hizo el Verbo hombre y el Hijo de Dios Hijo del Hombre, para que el hombre mezclándose con el Verbo y recibiendo la filiación adoptiva, se hiciese hijo de Dios. Porque no había otro modo como pudiéramos participar de la incorrupción y de la inmortalidad, a menos de unirnos a la incorrupción y la inmortalidad. Pero ¿cómo podríamos unirnos a la incorrupción y a la inmortalidad si primero la incorrupción y la inmortalidad no se hacía cuanto somos nosotros...? (Adversus Haereses III,19,1).

Aquí emerge una idea clave y central de la teología de Ireneo: la carne como piedra angular de la obra de recapitulación obrada por Cristo. El Hijo, el Verbo nos salva porque se mezcla, asume, entra en nuestra carne para renovar desde dentro la creación dañada por el pecado.

La enseñanza de Ireneo pone al centro la dignidad de la carne justamente para no perder la novedad propia del cristianismo ante las amenazas de la visión gnóstica: la salvación de la carne, la redención del cuerpo que justamente ellos despreciaban. Dice Ladaria (1995) que en la visión de Ireneo «es justamente la salvación del elemento “inferior”, el cuerpo, lo que demuestra la grandeza y la omnipotencia de Dios» (p. 129).

Ireneo resalta que lo propio de la visión cristiana del hombre es la alta consideración de la carne en la economía salvífica; ella está llamada a la incorruptibilidad y a la resurrección; sumada a ello está la certeza de que no podemos salvarnos sin el Espíritu de Dios. Ireneo desarrolla una sana teología de la carne para fundar una sana teología del Espíritu (cf. Tenace, 2005, pp. 126-127).

La incorruptibilidad está al inicio como promesa en la creación del hombre a imagen de Dios y al final como cumplimiento en la resurrección. Así podemos entender que la imagen nos es dada en la creación y dada de nuevo en la encarnación “según el Hijo” mientras la semejanza nos es dada en la creación y en la divinización “según el Espíritu”. El Espíritu forma la semejanza en el dinamismo de la vida, en la medida en que acogamos la gracia (cf. Tenace, 2005, p. 137).

En la visión de Ireneo lo que nos salva es el hecho de que la carne de Cristo sea de nuestra carne y que el mismo Espíritu que habitó en Cristo quiera hacerlo en nosotros (cf. Ruiz Aragoneses, 2020, p. 456).

Pero esta salvación no se da a la manera gnóstica, en un “golpe de iluminación externa” sino en la adhesión paciente y libre que deja actuar al Espíritu en nuestra carne limitada y transida de pecado. Es significativo además que este camino paciente y progresivo fue el que recorrió el mismo Cristo que no se encarnó ya adulto, perfecto y desarrollado, sino que hizo suyas las leyes del crecimiento, del desarrollo humano: el camino que Él recorrió con paciencia y durante años es causa de nuestra salvación. Esta es una hermosa idea expresada por Rosa Ruiz Aragoneses (2020):

¿Cómo podría habernos salvado Cristo, hecho hombre por el hombre, si no hubiera cumplido en la carne el designio que Dios previó para toda carne? ¿Cómo podría Cristo iniciar en sí mismo lo que será nuestro final y meta si Él no hubiera hecho suyas las mismas leyes y medios que todos nosotros tenemos?... Y no hay deificación, según Ireneo, que no sea libre crecimiento de la criatura al calor de la dynamis del Espíritu Santo (p. 458).

Notamos en esta bella concepción de la humanidad y de la obra redentora un influjo de la teología de la escuela joánica que tenía una comprensión muy particular y propia del ser humano viviente (Behr, 2019, pp. 27-28).

Esta concepción está presente desde el evangelio de Juan: que se abre con palabras que remiten claramente al Génesis manifestando que en Cristo está teniendo lugar una nueva creación. El Verbo se hizo carne, habitó entre nosotros; y la promesa de ver al Hijo del hombre se cumple de manera inesperada cuando Pilato en el contexto de la crucifixión afirma involuntaria e inconscientemente “He aquí al hombre”.

Ignacio de Antioquía, a quien muchos ubican como parte de la misma escuela, afirma la esperanza de alcanzar su plenitud humana precisamente yendo a su martirio:

Es bueno para mí el morir por Jesucristo, más bien que reinar sobre los extremos más alejados de la tierra... Los dolores de un nuevo nacimiento son sobre mí. ... Permitidme recibir la luz pura. Cuando llegue allí, entonces seré un hombre (ἐκεῖ παραγενόμενος ἄνθρωπος ἔσομαι). Permitidme ser un imitador de la pasión de mi Dios (Ignacio de Antioquía, Carta a los romanos, 7, en Padres apostólicos).

El proyecto particular de Dios, de crear un ser humano a su imagen y semejanza no se cumple solamente por un divino hágase, sino que necesita también el hágase de Cristo y de otros, como Ignacio, que, en Cristo, dan su propio hágase.

Ireneo añade su propio matiz de riqueza a este camino de plenitud al que Dios nos invita en la creación al sellarnos con su imagen y nos re-invita en Cristo, afirmando:

Porque la gloria de Dios es el hombre viviente: y la vida del hombre es la visión de Dios. Si la manifestación de Dios por la creación da vida en la tierra a todos los vivientes, mucho más la manifestación por el Verbo del Padre da vida a aquellos que contemplan a Dios (Adversus Haereses IV,20,7).

Conclusiones

Vivimos en tiempos tumultuosos. Nos rodean por todas partes divisiones y polarizaciones: en la sociedad, en la Iglesia, en nuestro país, en el mundo entero...

Hoy hemos acudido a la cátedra de Ireneo y hemos considerado algunos apartes de su vida y de su enseñanza. ¿Qué podemos aprender del *Doctor Unitatis* en tiempos como los nuestros?

Primero, vimos a Ireneo el pacificador actuando como mediador entre dos tipos de sensibilidad celebrativa, dos distintas formas de praxis, dos tradiciones con orígenes venerables; Ireneo – más allá de su personal sensibilidad – aboga por la unidad, la paz, la aceptación de las diferencias.

Esto es particularmente interesante cuando consideramos que la obra principal y más conocida de Ireneo tiene el título latino de *Adversus Haereses*. Este mismo doctor pacificador y mediador era – cuando la ortodoxia de la fe apostólica se ponía en juego, cuando se cambiaba el contenido de lo que la Iglesia ha recibido y transmite – ardoroso y enérgico defensor de la fe apostólica. Con los gnósticos no medió, no intercedió: aclaró y definió. Ireneo no escribe su obra para ellos; la escribe para evitar que los fieles fueran escandalizados por su enseñanza.

Esta constatación es interesante y nos lleva a reflexionar entonces qué significa ser un doctor de la unidad y de la paz. ¿Tolerarlo todo? Ireneo sabía diferenciar entre lo que se puede tolerar y lo que no se puede tolerar. Y estableció criterios para hacerlo que son de interés para nosotros hoy.

Segundo, vimos el rol que Ireneo tuvo al transmitir y afianzar el canon de las Escrituras del Nuevo Testamento. Abogó por la unidad del Evangelio en la diversidad de sus versiones; abogó por la unidad entre Antiguo y Nuevo Testamento para conformar toda la Escritura cristiana. Y estableció criterios para distinguir los auténticos de los falsos evangelios: el criterio de recepción eclesial y de origen apostólico. La unidad requiere criterios claros para distinguir la verdad de las falsedades, ilusiones y bagatelas; esto construye y posibilita la unidad fundamentándola sobre bases sólidas.

Tercero, vimos la concepción ireneana de la recapitulación que hace Cristo de toda la vida, la historia humana y la historia personal de cada uno de nosotros, por la cual obra una nueva creación, nos otorga una nueva humanidad transformada en Cristo e imbuida del Espíritu Santo. En nuestros tiempos tumultuosos es renovador escucharnos decir estas verdades de fe, con la frescura del modo como las enseñan los cristianos de los primeros siglos. Necesitamos recordar y anunciar la inmensa dignidad y vocación de la persona humana según los designios de Dios. Nuestros contemporáneos padecen – y a veces nosotros mismos padecemos – tantas desilusiones, tantas desesperanzas. Pero nuestra fe cristiana nos habla de nuestra altísima vocación, noble, vocación al amor pues hemos sido amados primero; vocación a transformar el mundo por el amor, en un mundo más humano, más reconciliado, recapitulado en Cristo.

Nuestros tiempos tumultuosos necesitan un doctor de la unidad. Ojalá más de nosotros estudiemos y difundamos el pensamiento de Ireneo. Nuestros tiempos lo necesitan, nuestro quehacer teológico lo necesita.

Permítanme terminar trayendo las palabras del Decreto con el que Francisco lo nombra Doctor de la unidad:

San Ireneo de Lyon, llegado de Oriente, ejerció su ministerio episcopal en Occidente: él fue un puente espiritual y teológico entre cristianos orientales y occidentales. Su nombre, Ireneo, expresa esa paz que viene del Señor y que reconcilia, reintegrando en la unidad. Por estos motivos, después de haber tenido el parecer de la Congregación de las Causas de los Santos, con mi Autoridad Apostólica lo

DECLARO

Doctor de la Iglesia con el título de Doctor unitatis.

Que la doctrina de tan grande Maestro pueda animar cada vez más el camino de todos los discípulos del Señor hacia la plena comunión.

Desde el Vaticano, 21 de enero de 2022

San Ireneo de Lyon, doctor de la unidad. Ruego por Colombia, por la Iglesia, por el mundo entero. Amén.

Referencias

- Antonioli, F. Verrani, L. (2022) *Lo scisma emerso: conflitti, lacerazioni e silenzi nella Chiesa del Terzo millennio*. Milán, TS Editore.
- Behr, J. (2019). «St Irenaeus of Lyons and the School of John», *Phronema* 34(2), 1-33.
- Campenhansen, H. (1974) *Los Padres de la Iglesia, vol.1: Los Padres Griegos*. Madrid: Cristiandad.
- Eusebio de Cesarea. (ed. 2008) *Historia eclesiástica*. Introducción, traducción y notas de Argemiro Velasco Delgado. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Farkasfalvy, D. (2016). «Irenaeus's First Reference to the Four Gospels and the Formation of the Fourfold Gospel Canon», *Perspectives in Religious Studies*, 43(4), 415-427.
- Ireneo de Lyon. (ed. 2000). *Contra los herejes (Adversus haereses)*. Introducción, traducción y notas de Carlos Ignacio González. Ciudad de México, Ed. Conferencia Episcopal Mexicana.
- Ladaria, L. F. (1995). *Antropología teológica*. Segrate, Piemme.
- Moreschini, C. y Norelli, E. (1995). *Storia della letteratura cristiana greca e latina, vol.1: Da Paolo all'età costantiniana*. Brescia, Morcelliana.

- Padres apostólicos*. (2000). Introducción, traducción y notas de Juan José Ayán. Biblioteca de Patristica, 50. Madrid, Ciudad Nueva.
- Prini, P. y Vattimo, G. (1999). *Lo scisma somerso: il messaggio cristiano, la società moderna e la chiesa cattolica*. Milán, Garzanti.
- Quasten, J. (1968). Patrología, vol.1: Hasta el Concilio de Nicea. Madrid, Editorial Católica.
- Ruiz Aragonese, R. (2020) «Cuando crecer salva. Sentido salvífico del crecimiento de la humanidad de Jesús: una perspectiva ireneana», *Scripta Theologica* 52, 433-461.
- Tenace, M. (2005) *Dire l'uomo: Dall'immagine di Dio allá somiglianza. La salvezza come divinizzazione*. Roma, Edizioni Lipa.